

Introducción a Juvenal

POR

JUAN GIL FERNANDEZ

Tres libros, en corto espacio de tiempo, se han sucedido teniendo como tema a Juvenal. Son, por orden cronológico, el de Gilbert Highet (1), del que van Ooteghem en su reseña (2) ha dicho con razón que es «la meilleure étude d'ensemble qui ait paru à ce jour» sobre el satírico, el de G. Magariños, probablemente el primer trabajo sobre este autor que se ha publicado modernamente en España (3) y el de A. Serafini (4). Cuatro años antes de la aparición del libro de Highet se había reimpresso en Bari el *Giovenale* de E. G. Marmorale. El hecho de que en un lapso de tiempo menor de diez años hayan aparecido todos estos estudios es altamente significativo: Juvenal sigue siendo un problema en su figura y en su obra, y las dos directrices críticas, ya sea la de aceptarle como poeta y moralista (como los tres primeros filólogos), ya sea la de negarle (como Marmorale), coexisten sin que se haya zanjado definitivamente esta cuestión —quizá no se consiga nunca— en el terreno de la sátira. En el presente artículo hemos intentado hacer una revisión del problema en su estado actual, dejando a un lado las dudas que suscita su vida (5). Pero antes de ponernos a la obra, oigamos el ruego que el más grande satírico español de la Edad Media, el Arcipreste de Hita, perseguido como Juvenal por motivos políticos, y cuya obra ha sido asimismo muy diversamente discutida, dirige al lector en la introducción de su libro; un ruego que con verosimilitud habría también hecho Juvenal si hubiese previsto el revuelo que tras sí iban a producir sus sátiras: «que quiera bien entender e bien judgar la mi intencion porque lo fiz' et la sentençia de lo que y dise, et non al son feo de las palabras, que segund derecho, las palabras sirven a la intencion et non la intencion a las palabras» (6).

El primer juicio adverso contra Juvenal es, al menos que nosotros sepamos, el que emitió Daniel Heinsio en su libro *De satyra horatiana liber* (sin fecha ni lugar la edición que hemos manejado). Heinsio, al hacer la comparación entre Horacio y Juvenal, encuentra que el primero es irreprochable en todos los aspectos, pero que el segundo en ciertas ocasiones deja mucho que desear (7), aunque al fin y al cabo se ve obligado a reconocer la grandeza del satírico. Como vemos, la polémica en torno a Juvenal viene de lejos, pero sólo en el siglo pasado ha adquirido verdadero incremento por obra especial de Nisard y de Boissier, y sobre todo en el nuestro con el libro de Marmorale. El filólogo italiano se muestra negativo en el juicio de los dos aspectos juvenalianos más importantes: la moral del satírico y el valor de su poesía. Sobre estos dos temas, pues, se centrará nuestro trabajo.

Respecto al moralismo de nuestro autor, rechazando de antemano todas las arbitrariedades de Marmorale (8), la primera objeción de importancia que nos sale al paso es la relativa a la pretendida pederastia de Juvenal, que parece restarle fuerza «moral» a nuestro autor para «moralizar». En efecto, Marcial, en los epigramas que dedica al satírico, aparte de la mención tan romana al fin y al cabo de la palabra *mentula* (VII, 91, 4; cf. XI, 15, 8-10), en la enumeración que hace de los bienes de su finca en Bómbilis, en otro epigrama fechado en 101 dice en el v. 22-3: *uenator sequitur, sed ille quem tu secreta cupias habere silua* (XII, 18). La interpretación según Friedländer sería *ad paedicandum*. El arrebato de Marmorale no se hace esperar: «A che scopo l'accenno osceno del *venator*, se la cosa non avesse presentato qualche interesse per Giovenale?» (9). La acusación no se anda con ambages. Pero como siempre que se acusa de pederastia a un autor antiguo (cf. Platón) no faltan paladines que le defiendan. Serafini recurre a otra interpretación del pasaje (10): «Marziale parla dello schiavo addetto alla caccia e che era molto valente; perciò dice che si poteva desiderare d'averlo con sè anche nelle selve più profonde, dove cioè si rintanano gli animali più selgaggi e quindi più pericolosi», que es sugestiva y resolvería de raíz esta duda. Pero incluso admitiendo la de Friedländer, por un dicho desvergonzado de Marcial no se puede deducir la homosexualidad de su amigo, dadas las conocidas libertades de su lenguaje y que la *romana simplicitas* de Augusto (Mart. *Epig.* XI, 20) era común a todos los quirites. E. Aguglia (11) hace notar con razón que en otro epigrama que dedica Marcial a la viuda de Luano, se permite mencionar un verso obscenísimo de su marido, alusivo también a la pederastia (*Epig.* X, 64). Recuérdese también el castigo que prometía Catulo a sus adversarios (*Carm.* XVI).

Pero aún hay sobre cuestión tan escabrosa otro argumento de más

fuerza que éste empleado por los detractores de nuestro poeta: el propio Juvenal, en su célebre sátira VI, al aconsejar el celibato a toda costa, propone como solución preferible al matrimonio aquello de *illud Nonne putas melius, quod tecum pusio dormit?* (vv. 34-7). «E un paso che da motivo a meditazioni —dice Marmorale (12)— specialmente se si tien conto che lo stesso Giovenale scrive anche le satire seconda e nona, nelle quali é presentato con eccessiva vivacità, certamente per staffilarlo, il perversimento maschile». Esta objeción es ya de peso, y hasta el mismo Highet admite la pederastia de Juvenal, quien en un primer momento habría sido según él sexualmente ortodoxo y después «turned to active homosexuality» (13). Serafini se ve constreñido a aceptar tan triste extremo, pero aventura una distinción quizá un tanto sutil entre el amante de los *pueri delicati* y el *pathicus*, trayendo a colación el caso de Virgilio, Estacio y Propercio, lista que se podría engrosar con muchos otros ejemplos: «segno anche questo che l'avere un *puer delicatus* non era considerato vergognoso» (14).

Sin embargo, quizá se podría intentar otra explicación a estas manifestaciones comprometedoras de Juvenal desde otro punto de vista. Horacio, en su sátira segunda, la más luciliana de todas, expone los peligros a que están expuestos los hombres mujeriegos que por buscar aventuras van por lana y salen trasquilados. Y añade a continuación:

*Tument tibi cum inguina, num si
ancilla aut uerna est praesto puer, impetus in quem
continuo fiat, malis tentigine rumpi?* (vv. 116-18).

¿Por qué no se ha de aceptar en el texto de Juvenal una festiva imitación de Horacio? Nada lo impide a nuestro juicio. Con ello se salvaría a nuestro autor de la acusación de vicio nefando en vez de aventurar desagradables suposiciones sobre su vida privada, de la que tan poco conocemos. Como es sabido, además, el tema de la pederastia es tratado de un modo falso y convencional por los autores romanos que siguen aquí caminos trazados por los griegos (15).

Pero dejemos tan escabroso punto y pasemos acto seguido a ocuparnos de otra cuestión que también interesa directamente a nuestro objeto. Desde el Renacimiento se viene machaconamente reprochándole a Juvenal ciertos excesos verbales que pugnan, no ya con la refinada sensibilidad de un poeta o la severidad de un moralista, sino con el más elemental buen tono. A Escalígero, por ejemplo, le molestaban hasta tal punto las groserías de algunos pasajes que decretó *ex cathedra* que no se debía leer al satírico (16). Incluso a Mayor, tan defensor en todo de Juvenal, le extraña que puedan haber sido dirigidos a un amigo unos versos como

XI, 186-9 que denodamente trata J. Jessens de justificar como una broma pesada, ya que, al estar tan sólo admitidas a las fiestas de la *Bona Mater* las aristócratas, y no ser una aristócrata la mujer de Pérsico, no recaerían sobre ella los pecados de la fiesta (17). No tiene nada de extraño, pues, que a un hombre del refinamiento de Marmorale le hiera «la vulgarità inconcepibile» (18) de I, 129-131, y sobre todo del v. *cuius ad effigiem non tantum meiere fas est*. Pero contra esto es lícito argüir que un poeta, cuyos méritos nadie discute, como Horacio, incluye versos, y no precisamente en sus sátiras, de tan mal o peor gusto que los mencionados (cf. *Ars* v. 471). Incluso el riguroso Séneca se permite asimismo comentar: *eleganter Demetrius noster solet dicere eodem loco sibi esse uoces imperitorum quo uentre redditos crepitus*. «*Quid enim, inquit, mea, sursum isti an deorsum sonent?*» (*Ad Lucil.* XCI, 19). Y esto lo dice un filósofo, que en opinión de su colega, habla con elegancia. ¿Cómo valorar tales chocarrerías? Antes de enjuiciarlas con nuestro sentir remilgado de hombres modernos, veamos qué tipo de lenguaje estaba en uso en épocas más cercanas a la nuestra. Nuestros escritores medievales (pongamos por caso) tampoco se andaban con melindres: nada menos que Berceo, el gentil e ingenuo poeta, nos presenta a un obispo apostrofando en no muy académicos términos a un sacerdote:

*Fo dura ment moujdo el obispd a sanna,
Dicie: «Nunqua de preste oy atal hazanna».
Disso: «Dicit al fijo de la mala putanna
Que uenga ante mj, no lo pare por manna».* (Milgr. 222, cf. Alex, 1017b, 1692c Janer)

¿Y para qué decir que vocablos como el de más arriba ocurren con frecuencia en el Quijote, lo que provocaba las quejas del timorato Clemencín? Menester nos es, si no con el obispo de Berceo, o con el filósofo senequiano, tener benevolencia al menos con los satíricos romanos, si se expresan un tanto burdamente por necesidad del género. Tales licencias del realismo juvenaliano pueden parecer excesivas a nuestro gusto de hoy, como se lo parecen a la Srta. Posani (19), pero tampoco por eso podemos emitir sobre ellas un juicio condenatorio.

Otro aspecto litigioso de la moral de Juvenal es el de su tan traído y llevado pesimismo; como «hoffnungsloser Pessimist auch für die Zukunft» le califican Schanz-Hosius (20). Juvenal tiene poca confianza en el Imperio y en un mejoramiento de las costumbres de su época. Boisier (21) criticaba enérgicamente este enjuiciamiento negativo del Imperio: «Qui a donc trompé la posterité —se pregunta— qui nous a menti,

de l'histoire, qui dit tant de bien de cette époque, ou du poète, qui en a laissé des tableaux si repoussants? Ce problème est le plus important de ceux que soulève la lecture du satirique latin». Idéntica postura adopta Marmorale (22), pero como observa Highet (23), el Imperio, en la época dorada de los Antoninos, no hacía sino detener provisionalmente su marcha descendente: considerado en su conjunto el imperio iba de mal en peor. Y a esto se podría añadir que el mismo Juvenal, en el conocido comienzo de la sátira VII, *et spes et ratio studiorum in Caesare tantum*, muestra cuál es la situación de Roma a su juicio: sólo es el Emperador el que ha cambiado, pero permanecen todos los defectos de la corte de Domiciano. Juvenal es republicano hasta la médula, y por ello la visión que nos ofrece del Imperio es verdaderamente amarga, del mismo modo que Tácito, en pleno apogeo de Trajano, nos presenta en sus «Anales» un Imperio decadente y corrompido, sin perder ninguna ocasión de criticar un sistema de gobierno que no es de su agrado. La sátira de Juvenal es subjetiva y exagerada, como subjetiva y exagerada es la historia de Roma según nos la presentan Tácito y Suetonio, o en épocas posteriores un Elio Lampridio o un Amiano Marcelino. Por otra parte Cicerón ya había dicho: *concessum est rhetoribus ementiri in historiis, ut aliquid dicere possint argutius* (*Brut.* XI, 42). Tal libertad, pues, o más, debe concederse a los poetas.

Juvenal ve la maldad de los hombres y la describe sin sentirse por eso superior a la generalidad de sus contemporáneos. Su moral está exenta del alambicamiento de un Persio, y como persona no pierde contacto con lo humano por encerrarse, como aquél, en rígidas reglas estoicas. No es un unilateral (24) ni tampoco «malt er Schwarz im Schwarz» (25). Se engañaría quien creyese que en sus sátiras pretende afirmar que el rico no puede ser más que un *signator falsi* o que toda matrona es una adúltera; la realidad es que, como ese vividor y esa adúltera existen en la sociedad romana, quizá con excesiva frecuencia, Juvenal tiene buen cuidado de señalar el fenómeno a sus contemporáneos. Sin embargo, se ha hablado demasiado de la *indignatio juvenaliana*, que ha pasado a ser tan tópica como los *decantati* versos de Boileau referentes a nuestro poeta. Rigault (26) comenta con mucho gracejo que Heinsio, con tanto alabar a Horacio, y Casaubon, con tanto alabar a Persio, han conseguido que «nihil Iuuenali praeter indignationem reliquisse videatur». Pero el caso es que frente a esta imagen huraña que se han forjado los modernos del poeta el satírico tiene momentos de un humorismo campechano y sin resentimientos, como es, sin ir más lejos, XIII, 47-48, en los que nos presenta al pobre Atlante agobiado por el número creciente de dioses que puebla el cielo (27). Un filólogo (28) ha comparado a Juvenal con Arquíloco,

y en verdad que sus azarosas vidas tienen algo de común; sin embargo, mucha más hiel encontramos en los yambos de éste, y más amargo desengaño, unido al complejo de inferioridad que le confiere su bastardía.

En una humorística sátira, Trebacio, el abogado deportista, aconsejaba a Horacio que diese cabida en sus sermones al elogio de los hombres de bien (*Serm.* II, I). Y Horacio, obediéndole, alaba a sus amigos, a Virgilio, a Mecenas e incluso a Augusto; también elogia Persio a su maestro Cornuto; Juvenal, siguiendo el antecedente de ambos, no ve todo tan negro como para no alabar a ningún contemporáneo, como son Séneca, «el buen Pisón», o Cota (V, 109). Pero, con todo, no es en su época sino en la antigua república romana—¡todo tiempo pasado fué siempre mejor!—donde se siente a sus anchas. Formular un sistema moral es para nuestro satírico oponer dos mundos, uno puro y el otro corrompido, uno ideal y ya pasado, otro real y de palpitante actualidad. Juvenal no inventa una ética porque ninguna falta le hace inventarla; en la *virtus romana* del pasado tiene la norma suprema de excelencia moral. Los ejemplos vivos de ésta son los héroes republicanos, que han sido siempre los modelos a imitar por el romano de todos los tiempos, desde Tito Livio a Tácito, desde Horacio a Prudencio. Así no es de extrañar que en los versos en que describe la vida campestre aparezca un Juvenal riente, en idílica exposición de las virtudes rústicas, que contrastan con las negras tintas con que describe el fango del Imperio.

¿Cuál es, pues, la filosofía de Juvenal? Friedländer (29) y Ercole (30) le creen ligado con el estoicismo. G. Highet (31), en cambio, intenta descubrir un fondo epicúreo en Juvenal (como el ataque contra el infierno, los votos a los dioses, la *mens sana in corpore sano*, etc.). Sin embargo Hirzel (32) había observado que la décima sátira «ist mit Gedanken der Schrift *περί εὐδουμίας* erfüllt», especialmente los últimos vv. 345 y ss. que resaltaba Highet para hacer valer su antedicha tesis. Y justamente en estos mismos versos 358 y ss. Rebert (33) encontraba en el *spatium uitae extremum* juvenaliano un eco del *extremum tempus aetatis* de Cicerón (*De senec.* 30 passim). Pero lo más probable, sin embargo, es que Juvenal no perteneciera a ninguna secta determinada, como sostiene la Srta. L. Haley (34), aunque esta última supone en sus sátiras un sentido un tanto apocalíptico quizá exagerado. La dulzura y calor que ve Highet en las últimas sátiras se explica por el efecto moderador de la vejez, sin necesidad de explicarlos por el epicureísmo. El filólogo inglés ha visto bien que todas las ideas morales juvenalianas son reminiscencias de la filosofía griega, lugares comunes, máximas, que ya habían pasado al dominio público (35). El satírico por otra parte, se encarga él mismo de confesar

que no ha leído a ningún filósofo y que todo su saber se lo dicta la experiencia.

Y ahora, después de haber visto estos puntos, llegamos inevitablemente a la pregunta de si fué efectivamente Juvenal un moralista, a pesar de la obscenidad de su lenguaje, de su falta de originalidad filosófica, y de su sombrío pesimismo. Ya Heinsio dudaba, mucho antes que Marmorale, de la eficacia correctiva de la sátira del Aquinate, por esa demasiada libertad en describir los vicios que en último extremo podría revelarse contraproducente y llegar a constituirse en una verdadera incitación a ellos. ¿A qué vienen esas descripciones, «aut sic flagellare obscenitatem vt ob oculos ponas»? (36). Bien es verdad que Juvenal no desarrolla un sistema moral coherente y serio, como parece exigirle Marmorale (37), pero es porque nadie le pide esto. Lo que, no obstante, es un hecho cierto —en el que hasta ahora nadie se ha fijado suficientemente, y que por ello queremos destacar como se merece— es que delimita mediante un procedimiento indirecto, «etológico», «etopoético» o «caracteriológico», según la terminología de la época, una serie de nociones éticas fundamentales, ateniéndose rigurosamente a lo que dice Séneca: *Hanc (scil. descriptionem cuiusque uirtutis) Posidonius ethologiam uocat quidem characterismon appellant, signa cuiusque uirtutis ac uitii et notas reddentem, quibus inter se similia discriminentur. Haec res eandem uim habet quam praecipere, nam qui praecipit, dicit "illa facies, si uoles temperans esse"; qui describit ait: "temperans est qui illa facit, qui illis abstinet". Quaeris quid intersit? Alter praecepta uirtutis dat, alter exemplar. (Ad Lucil. XCV, 65-66)*. Ya Platón declaraba que era necesario para quien se dedicase a la retórica εὐληφέναι τινὰ χαρακτήρα ἐκατέρου τοῦ εἶδους (*Phaedr.* 263b), una frase en la que se encuentran en germen los «Caracteres» de Teofrasto. Aristóteles, por otra parte, había empleado ya la ἠθοποιία en la *Ética* a Nicómaco y en el libro de la *Retórica*, y tal método, según el modelo de Teofrasto, siguieron los peripatéticos Aristón de Ceos, Licón, Sátiro, etc. (38). Así pues, ateniéndose al concepto contemporáneo, Juvenal está dentro de una literatura moralizante, por describir con suficiente ἀκρίβεια los defectos y las virtudes del hombre, concordando por ello en parte las descripciones de su sátira con las de los *Caracteres* de Teofrasto (39).

Visto el problema del moralismo, pasemos a ocuparnos de las restantes cuestiones que plantea el satírico; pero no parece estar fuera de lugar señalar antes algunas de las características de la literatura de su tiempo, para ver si sigue también Juvenal las tendencias que aparecen en otros autores. Uno de los rasgos más típicos de esta época es el positivismo de que hacen gala sus autores más representativos. En efecto, los romanos

del s. I tienen clara conciencia de su superioridad intelectual, encontrándose ésta expresada con la mayor claridad en Plinio (*N. H.* II, 9). El mismo Séneca, aunque se muestre desesperanzado por la inmoralidad de su tiempo, parece, sin embargo, creer en un progreso científico de la humanidad, prediciendo que llegará un tiempo «en que nuestros descendientes se admirarán de que no hayamos descubierto cosas tan sencillas» (*Quaest. Nat.* VII, 25, *ad Lucil.*, XCIII, 10, cf. Manilio, *Astron.*, II, 115-6). Por Estacio sabemos que su padre dedicaba largas horas al estudio de los fenómenos naturales, y que escribió una poesía sobre la erupción del Vesubio (*Silu.* V, III, 19-23; 195-208).

Aun en otros géneros se deja sentir palpablemente este positivismo; Friedländer (40) afirma con razón que en esta época la poesía y la erudición, como en los tiempos alejandrinos, vuelven a emparejarse. Lucano aventura, p. e., una explicación racional de los *ancilia* (*Phars.* IX, 479-480), avergonzándose en otro lugar de tener que admitir una fábula en su poema (IX, 619-623); y en vez de describir el infierno, como habían hecho Homero y Virgilio, nos habla de la *ignea uirtus* estoica (IX, 1-18). También Silio Itálico dedica narraciones de carácter científico al lago Lucrino y al Averno (III, 46; XII, 120). Tan sólo podemos recordar otro ejemplo posterior de poesía épica con pretensiones científicas: el Poema de Alexandre en el s. XIII, en el que tan pronto se da cabida a una seca descripción de las piedras de Babilonia (1306-30) tomada de S. Isidoro (*Etym.* XVI) como se nos habla del elefante y de la curiosa manera de cazarlo (1814-1818) (41).

Por tanto, no es de extrañar que en esta época de tan intenso —o al menos aparente— cultivo de la ciencia, se critique con harta dureza la metodología científica griega. Y Juvenal, siguiendo en esto la corriente de su época, llama al paso por el Atos de Jerjes y todos los demás detalles fabulosos de la expedición persa *quidquid Graecia mendax Audet in historia* (X, 174-5, cf. XIV, 240). También Séneca (*Nat. Quaest.* IV, 3, 1) y Livio (IX, 18, 6) reprueban el método histórico de los griegos y Plinio habla repetidas veces de la *Graeca fabulositas* (*N. H.* IV, 1; XII, 1, 11; V, 1, 4; VIII, 22, 82). Pero ello no es óbice para que se admitiesen doctrinas tanto o más fabulosas que las griegas: ahora bien, si Juvenal menciona a los hombres marinos (XIV, 283) es porque Plinio (*N. H.* IX, 5, 10) y Tácito (*Ann.* II, 24) los admitían también (42). Si habla del sol y cree que al sumergirse pone en ebullición las aguas del mar (XIV, 280), tampoco hay que censurarle, porque era una doctrina científica de Epicuro (43); y si se duele en cierto modo de que ni siquiera los niños crean en el infierno (II, 149-152) no es porque él acepte su existencia en su fuero interno, sino porque estima conveniente, *ex usu uitae* (Plinio, *N. H.* II, V, 26), que el

pueblo tenga fe en los dioses y en los castigos de la otra vida, como ya anteriormente había opinado Polibio (VI, 56; cf. además las ideas de César en Salustio, *De Coniurat. Cat.* 52, Cicerón, *In Cat.*, IV, 4, 7-8 y también *Tusc.* I, XVI, 36-7).

Pero en la crítica de los griegos hay algo más que una simple depreciación científica. El satírico, siguiendo sus impulsos de austero republicano, los tiene por los pervertidores de Roma, siguiendo en esto la ya vieja tradición de Catón el Censor y su círculo, cuando ponían todo su interés en que se expulsara de Italia a los epicúreos, o que no se dejase escuchar a la famosa embajada de Carnéades, o que aún en música se prohibiese cualquier innovación que se saliese de los límites de lo estrictamente romano (44), con la diferencia de que en tiempos del Imperio desgraciadamente no era la flor y nata de Grecia lo que aflucía a Roma, sino la hez de sus ciudades. Todo estaba acaparado por los griegos, que emigraban favorecidos por el filhelenismo de las clases elevadas e incluso de algunos emperadores como Tiberio, Nerón y Adriano. Por Tácito sabemos que Tiberio gustaba de citar frases en griego y que la mayor parte de su acompañamiento en Capri estaba constituido por helenos (45).

Sin embargo, Juvenal no desprecia ni mucho menos la literatura griega: cita a Homero y a Virgilio como las cimas de la poesía clásica y tiene palabras de alabanza para los filósofos, Zenón Epicuro, Solón, etc., dando muestras también de conocer Heródoto (46). Decir que Juvenal es reacio a la cultura griega es lo mismo que decir que Hölderlin no tenía a Grecia en ninguna estima, porque sus habitantes le resultaban «besonders verwahrlost und verwest» (47). Es tan sólo el despreciable *Graeculus esuriens* (III, 78) el motivo de las quejas del Satírico, como la *Graecula*, la miserable nodriza del niño romano, provoca las náuseas de Tácito (*Dial. de Orat.*, XXIX, 1; cf. *Juv.* VI, 186).

También en las directrices literarias del momento se opera un cambio radical, que influye asimismo en la apreciación de la cultura griega. En la época de Augusto los autores habían tratado de incorporar el helenismo a Roma con el fin de crear, unidos en armoniosa síntesis los valores de ambos pueblos, una literatura, como deseaba Horacio, ni ruda ni *graecissans*. Pero una vez obtenida brillantemente esta meta, las generaciones posteriores estudian los clásicos nacionales, Virgilio, Horacio, Ovidio, en parangón con los griegos, surgiendo en los espíritus ilustrados un ansia de crear una literatura cien por cien romana, y de buscar nuevos derroteros literarios, aunque no faltan, claro está, gentes cerradas a las nuevas tendencias: los arcaizantes Frontón y Gelio (48), que tienen quizá de común con los innovadores literatos, a nuestro juicio, el deseo de emanciparse a toda costa de lo clásico por excelencia, lo griego, y de todo

lo que, en última instancia, derivase de la cultura helénica. El ambiente agitado y con aspiraciones nuevas se trasluce en el gran número de «dilettanti» que pululan en este período por las letras romanas. Y por ello se pierde un poco en esta época el sentimiento de los verdaderos valores poéticos: unos poetas considerados excelsos en una generación, son relegados al más profundo olvido por la siguiente. Así se explica el silencio que pesa sobre Juvenal durante su vida (si se exceptúa a Marcial) y en las generaciones inmediatamente posteriores.

Lucano había hecho una gran revolución en la épica al crear la épica histórica, género totalmente nuevo hasta entonces. La tentativa pareció demasiado ambiciosa a algunos y fué modificada por Silio Itálico con arreglo a las críticas de Petronio (*Sat.* CXVIII), que no veía en él la *furantis animi uaticinatio*, necesaria, según la teoría platónica y democritea, a todo verdadero poeta. Sin embargo, como un triunfo consideran este intento Tácito (*Dial. de Orat.*, XX, 5) y Estacio, quien le llega a anteponer a Virgilio (*Silu.* II, VII, 79-80). Sin duda alguna, tal ensayo atraía a sus contemporáneos. Nerón, en su megalomanía, quería hacer una historia de Roma en verso, y sabemos que Domiciano y el padre de Estacio relataron en un poema el incendio del Capitolio (49). Por ello, el escoliasta (50) pone especial interés en señalar el romanismo de Lucano: *Lucanus iste, Hispanus genere, Cordubensi fuit regione, dignitate uero et eruditione Romanus.*

Otra revolución se estaba operando en el lenguaje. Quintiliano (*Inst. Orat.* VIII, 2, 18) asegura que el mejor elogio que se podía hacer a un alumno era no entenderle, y más adelante afirma que *alii breuitatem aemulati necessaria quoque orationi substrahunt uerba* (VIII, 19-20) (51). El que lleva esta tendencia a sus últimos extremos es Persio en sus sátiras mediante un estilo oscuro y gongorino, que con sus *nouae iuncturae* hacía exclamar a Lucano que aquello era la verdadera poesía. Al contrario, Séneca, a pesar de que le correspondía estar en el círculo de Persio, al que pertenecía incluso su sobrino, no tenía grandes simpatías por el joven satírico. Esta falta de amistad con Persio se podría explicar quizá suponiendo que, además del roce necesario entre dos caracteres antagónicos, ambos estoicos disientían en sus concepciones literarias. En un pasaje de las cartas a Lucilio encontramos las siguientes palabras, polémicas, en nuestra opinión, contra el culteranismo de Persio y la manía innovadora de su tiempo: *electa uerba sunt (Fabiani), non captata, nec huius saeculi more contra naturam suam posita et inuersa* (C, 5).

No sólo en estos terrenos se ponía especial interés en buscar nuevos horizontes; incluso en los poemas didácticos, a pesar de que el camino estaba ya marcado por Lucrecio y Virgilio, se advierten las huellas de esta

inquietud innovadora. El Etna dedica una larga introducción (9-23) a explicar que el autor trata sobre un tema nuevo y no relata las conocidas fábulas mitológicas (cf. con el verso 16 del Etna, Juv. I, 7 y para los poemas didácticos Manilio, *Astron.* I, 1-117). También Marcial explica la razón de sus epigramas por este motivo:

*Quid te uana iuuant miserae ludibria chartae?
Hoc lege, quod possit dicere uita: Meum est.
Non hic Centauros, non Gorgonas Harpyasque
Inuenies: hominem pagina nostra sapit.* (Epig. X, 4, 7-10).

¿Cuál es la posición de Juvenal en su terreno frente a estas ansias generales de renovación literaria? En la sátira se encuentra con el antecedente de Persio y de Horacio. Por lo tanto se le cierran dos caminos: el de convertir la sátira en una diatriba estoica a la manera casi de la comedia nueva, y el de lograr la originalidad mediante el lenguaje. Por ello, —y es quizá lo que iba más en consonancia con su carácter y también con la moda, en muchos aspectos arcaizante, de la época—, imita en sus sátiras a su más lejano predecesor, Lucilio. En la primera sátira, tras explicar que no va a hacer poesía sobre temas mitológicos, sino sobre la vida, añade los conocidos versos:

*quidquid agunt homines, uotum timor ira uoluptas
gaudia discursus, nostri farrago libelli est.* (vv. 85-6).

Con ello se enlaza con la más antigua tradición (*Farrago*=*satura*) siendo precisamente ese afán de reflejar la vida el nexo de unión entre poetas tan distintos como Lucilio, Horacio y Juvenal: la *speciem uitae* (Lucilio 1005 Terzaghi); también Horacio afirma que cualquiera que sea su estado *quisquis erit uitae scribam color* (*Serm.* II, I, 60) e incluso los momentos más afortunados de Persio son precisamente aquellos en que dejándose de discusiones morales nos plasma un recio cuadro de la vida cotidiana. Juvenal, es cierto, no sigue a Horacio ni a Persio, aunque le imite a veces en admirada *retractatio*, sino a Lucilio, el creador de la sátira, el satírico por excelencia; pero tal vez se tienda a exagerar el influjo luciliano en Juvenal. Grimal, en su reseña a Highet (52) se pregunta si no se deberán a Lucilio algunos caracteres de la sátira de nuestro autor que se vienen atribuyendo tradicionalmente a la retórica. Serafini dedica todo un capítulo de su libro, el sexto, a hablar de «il nuovo Lucilio». La realidad es que los fragmentos de Lucilio arrojan escasa luz sobre este problema, y, en consecuencia, lo más prudente ha de ser el admitir un fuerte influjo luciliano, pero no excesivo, en Juvenal

Pero ese gusto por la novedad, que Juvenal comparte con su época, no le ha impulsado a buscar la temática de su sátira en la «chronique scandaleuse» del momento. Su obra no ha sido concebida para el círculo estrecho de sus contemporáneos, sino con una más amplia visión, como una fustigación del vicio valedera para toda época, como un κτήμα ἐς αἰεὶ del que pudieran recibir lección las generaciones venideras. Y que consiguió su intento lo muestra el hecho de que, según atestigua Amiano Marcelino (XXVIII, 4, 14), era Juvenal en su época, juntamente con Mario Máximo (quien por cierto había escrito una sátira contra Cómodo, Ael. Lamprid., *Commod.*, 13, 2-3) el autor más leído. La extrañeza del historiador al constatar el hecho se explica tal vez porque no supo comprender, como griego que era, la vigencia constante de la sátira como un género propiamente romano (53). De ahí que Juvenal, arraigado en el terruño, en comunión entrañable con su pueblo, sienta en su propio ser como suyos los problemas de los pobres, y no por motivos interesados, como maliciosamente han supuesto sus detractores. Como populares se han de considerar también las numerosas palabras griegas que se encuentran en sus sátiras, pese a que su lengua no utiliza demasiados vulgarismos. Horacio, sin ir más lejos, y pese a su *Odi profanum uulgi et arceo*, contiene en sus sátiras más características quizá del *sermo vulgaris* que Juvenal (54). Pero Horacio es más intelectual, sus concesiones a la vulgaridad tienen por objeto el lograr esa suave ironía inimitable, *per sales et iocos γλοκοπίκρους* como observa Casaubon (55) (Cf. *Serm.* II, 7). Las diatribas de Horacio están hechas para ser leídas en el círculo de Mecenas, y a ello se debe su irónico epicureísmo autobiográfico.

En cambio, Juvenal habla como puede hacerlo cualquier habitante de Roma, hace suyo el problema de los clientes, y sus diálogos se desarrollan entre clase baja, pero no para producir hilaridad en las clases elevadas —como Horacio— por el contraste de categoría social. Su gusto por lo popular llega incluso a influir en la estructura de la sátira (56), pudiendo explicarse por prurito de imitar el *sermo uulgaris* tanto la falta de ilación entre unas frases y otras, cortadas por paréntesis y excursus tan largos que algunos críticos los tienen por interpolaciones, como la carencia de unidad de sus sátiras (57).

Esta manera juvenaliana de ver la vida, sin elevarse en un pedestal como Persio y sin sentirse de una clase diferente como Horacio es quizá lo que haya dado pie a la afirmación de que Juvenal no es un moralista. El es un hombre entre los hombres:

*quis enim bonus...
ulla aliena sibi credit mala?*

se pregunta en cierta ocasión (XV, vv. 140-3). Por ello toma partido en defensa del pueblo esquilado. No es que sea un poeta social, como le llama Serafini (58), denominación equívoca en nuestros tiempos, sino sencillamente humano. Y sorprende en verdad que Highet (59) afirme que «Juvenal is not really sorry for the very poor or for the working class», y que sostenga que era un intelectual de clase media «declassé», cuando ya Mayor (60) había objetado con razón a Martha (61), quien creía encontrar en Juvenal aspiraciones más o menos patricias, que «the lofty peroration of s. V cries *sursum corda* not to patrician, but to human chivalry». Por los humanos sentimientos del satírico, el corrompido pueblo de Roma, que contempla y aplaude la decadencia de la aristocracia, no le merece ninguna compasión; sus simpatías en realidad están con el campesino, quizá por ser él también más rústico que cosmopolita. Y aún acentúa más el carácter popular de su obra la ausencia casi total en ella de noticias autobiográficas, un punto en que podríamos compararle con Lucrecio. Pero si el poema impersonal de Lucrecio surge del epicureísmo, y cobra valores positivos de la exaltación fanática y salvacionista de una teoría filosófica, Juvenal, en cambio, expresa, manteniéndose discretamente en la sombra, el sentir del pueblo campesino, teniendo sus versos la fragancia ancestral de la sabiduría popular (cf. *sapientia* XIII, 189; XIV, 321; Highet, *The phil. of Juv.*, pág. 259). Pero su filosofía, la de un hombre que no ha leído las doctrinas estoicas ni cínicas ni epicúreas (XIII, 120-122), no incurre en la vulgaridad, por no caer en el campechano conformismo de la masa, sino, al contrario, estar sumida en un hondo pesimismo que la redime de su mediocridad. En este sentido, el polo opuesto a Juvenal es Persio, que a pesar de sus pretensiones filosóficas no pasa de ser un «petit bonhomme», con su virtud intachable y su círculo de personas de rígidos principios morales. Juvenal, en cambio, está inmerso en el mundo y en sus injusticias, que describe con profunda desesperanza. El mundo idílico de la República, tal como él la concebía, es una utopía que no deja de ser aleccionadora.

Estacio, en una silva dedicada a Manlio Vopisco, le pregunta si ejerce la *liuentem satiram nigra rubigine* (I, 3, 103; cf. *Bioneis sermonibus et sale nigro*, Hor. *Epist.* II, II, 60). Nada más lejos de Juvenal el proceder así, por más que a primera vista pueda parecer lo contrario. Su mirada de agudo observador no sólo se detiene en las ciénagas de la sociedad romana, sino sabe descubrir también verdaderos oasis de humanismo que logran suavizar las asperezas de su sátira con acentos entrañables. Por ello Acrón habla de la *suavitas iuuenaliana* (Hor. *ad Serm.* I., pág. 1 Keller). Así como encontramos en Marcial versos maravillosos en que el poeta, dejando correr libremente su imaginación, nos describe con

añoranza su patria, BÍlbilis, perdida entre los rudos nombres de los pueblos ibéricos, también en Juvenal encontramos sentidas pinturas del campo romano: de Cumas, Ulubras, Gabios, campos despoblados, gélidos, lluviosos, y cubiertos de bosques. En esta Italia esquilada y pobre, pero ruda y sencilla. Juvenal vuelve, como Horacio en su *agellus*, a su verdadero ser, y en defensa de sus sufridos habitantes se alza en contra del gran terrateniente que desea extender sus dominios a costa del pobre agricultor (cf. la imitación de Prudencio, *In Symm.* II, 155-6); eleva airadamente la voz en pro del «cliente» que ha de formar cola en el atrio hasta que despierte su «rey», o compadece al campesino, cuyo callado trabajo hace posible que los despreocupados romanos se dediquen al circo y al teatro (VIII, 117-8).

Tras haber enfocado a Juvenal en su aspecto humano, llegamos al problema más candente y principal que su obra suscita: ¿es Juvenal un verdadero poeta? Al publicar Marmorale su libro, *Highet* (62), en la reseña que le dedicó, observó que la sátira no es propiamente poesía como ya habían hecho constar anteriormente Friedländer y Terzaghi. Friedländer en su introducción afirmaba que «von seiner eigenen poetischen Begabung dachte er (Juvenal) gering, aber eines wahren Dichters bedarf es auch für die Satire nicht» (63). También Terzaghi (64) le había hecho la misma objeción a Marmorale. Con ellos Serafini (65) afirma que no debe preguntarse si Juvenal es o no un poeta, porque «a dispetto del genere letterario che in sè non sarebbe poetico, egli può benissimo risultare poeta», sino si la sátira es o no poesía. Marmorale (66) replicó a estas objeciones en la 2.^a ed. de su libro que la materia de la obra no condiciona que ésta sea en sí poesía o no, como las *Georgicas* pueden ser poesía pese a su carácter didáctico, por lo que, a fin de cuentas, viene a decir lo mismo que Serafini.

El problema merece tratarse detenidamente, porque la disputa viene de antiguo. Ya Horacio negaba a sus sátiras la calificación de verdadera poesía, y aún en tiempos anteriores se puede encontrar un concepto restringido de «poesía» que excluye el calificar de tal a composiciones de contenido didáctico o satírico, por ejemplo, en Platón y Aristóteles. Y hace ya tres siglos que Casaubon dedicó todo un capítulo, el quinto y último del libro segundo de su *De satyrica Graecorum poesi et Romanorum satira* a tratar esta cuestión. El error principal de Platón y Aristóteles —afirma Casaubon—, es el de aceptar como poesía tan sólo la teatral o agonística (p. 338). La poesía es una σύνταξις πραγμάτων μουσική y por ello el μῦθος es su esencia. Platón (*Phaed.* 61 b) afirma que Sócrates no escribió un himno original a Apolo ὅτι τὸν ποιητὴν θεοί, εἴπερ μέλλοι ποιητῆς εἶναι, ποιεῖν μῦθους (67). Así pues, ateniéndose a esta concepción, los satí-

ricos deberían ser llamados ἠθολόγοι, como los poetas didácticos φυσικοί. Pero entonces ¿a qué género pertenece la Sátira? Ni siquiera Aristóteles nos da otro tercer género literario fuera de prosa y verso. El mismo Aristóteles dice en otro pasaje:

ὁ δὲ τοῦ σχήματος τῆς λέξεως ἀριθμὸς ῥυθμὸς ἐστὶ, οὗ καὶ τὰ μέτρα τμητὰ διὸ ῥυθμὸν δεῖ ἔχειν τὸν λόγον, μέτρον δὲ μή. ποίημα γὰρ ἔσται

(*Rhet.* III, 8, 1408b). Y tal es el parecer de Dionisio de Halicarnaso y otros rétores (68). De este modo, termina Casaubon, puede existir poesía métrica o amétrica, pero lo que no podría existir nunca sería prosa en verso (p. 352). Así, hay diversos grados de poesía, según sea mayor o menor su sublimidad y según estén mejor o peor versificados sus conceptos. Si la sátira respeta al metro, es poesía (p. 355). El razonamiento de Casaubon es muy sugestivo: el género satírico, dentro de una escala de valores, tiene menos valor poético que el épico, pongamos por caso, pero no por ello deja de ser poesía.

Salvado este primer obstáculo, veamos las restantes objeciones de Marmorale, que sostiene que Juvenal no merece la calificación de verdadero escritor sino a lo sumo la de «letterato», aduciendo su intromisión en los personajes, su abundancia en sentencias, que no son más que *loci philosophumeni*, su falta de serenidad, en una palabra, su retoricismo. Ahora bien, ¿se puede menospreciar sin más este retoricismo? Knoche (69) acusaba a Marmorale de juzgar a Juvenal según los dictados de la teoría poética moderna, y el erudito italiano le contestó alegando que no hay más que una poesía verdadera, que es la que perdura en todo el tiempo, sin ser por tanto un desatino intentar la crítica a un poeta que ha vivido hace siglos según nuestro concepto actual de poesía. Desde su punto de vista particular, sin duda, tanto Knoche como Marmorale tienen razón, como seguidamente veremos. En primer lugar, es evidente que lo que caracteriza a la verdadera poesía es su universalidad, teniendo un poeta tanto más valor cuanto mayor es la universalidad de sus creaciones. Encerrarse en un individualismo temporal y espacial como en una concha es un camino errado en toda manifestación artística, porque los hombres no pueden sentir ni comprender las experiencias individuales y por decirlo así, intransferibles, de una persona, ya que entonces se produciría lo que Ruiz de Elvira ha llamado diálogo de estatuas (70) entre el escritor y sus lectores. Pero no es menos evidente también que esta universalidad de la genuina poesía se encuadra siempre, como en un marco del que no puede salir, dentro de los gustos particulares de cada época, y es más, dentro a veces de los caprichos tiránicos de una moda pasajera. El verdadero poeta es el que, pagando el tributo debido a su época, sabe

sin embargo desbordarla en un sentido, saltando por encima de las exigencias de su tiempo. Así, si bien el crítico para juzgar a un poeta ha de atenerse a sus valores universales no por ello debe despreciar la modalidad artística en que ese poeta está inmerso, pues tan apto para la poesía es un barroquismo como un clasicismo, aunque cada persona en particular esté más cerca de uno que de otro.

En la apreciación de Juvenal se han de tener en cuenta, por tanto, estos dos factores: los valores positivos de su creación poética, eternos por decirlo así, y las galas de ocasión con que ésta esté revestida, fugaces ropajes de una época que fenecieron con ella: ese retoricismo tan traído y llevado, tan vapuleado como mal comprendido por los modernos. Pues, ¿qué es el retoricismo? No se le suele conceder demasiada estima, y sin embargo, el hecho de que haya dominado durante varios siglos la literatura romana merece que se le tome en consideración. Pero que nuestra apreciación no era la misma de los antiguos y que éstos sabían encontrar en él valores que nosotros no percibimos nos lo prueban unos pasajes de Séneca que nos permitirán ver en su verdadera luz el sentido de esa tendencia artística.

Comienza Séneca por asentar la fragilidad de la virtud humana, y principalmente la perversidad de las costumbres de su tiempo. En tal estado de cosas se hace de desear una corrección (*Ad Lucil.* 95, 34): *In hac ergo morum peruersitate desideratur solito uehementius aliquid quod mala inueterata discutiat.* ¿Qué remedio existe para esto? Séneca lo expone en otra carta (*Ad Lucil.* 94, 26): *Quaecumque salutaria sunt, saepe agitari debent, saepe uersari, ut non tantum nota sint nobis, sed etiam parata.* Y más adelante: *Necessarium itaque admoneri est, habere aliquem aduocatum bonae mentis* (59-60). En otra carta (C), Lucilio echa de menos en la historia de Fabiano consejos, imprecaciones contra los vicios y alabanza de las virtudes: *Desideres, inquis, contra uitia aliquid aspere dici, contra pericula animose, contra fortunam superbe, contra ambitionem contumeliose. Uolo luxuriam obiurgari, libidinem traduci, impotentiam frangi. Sit aliquid oratorie acre, tragice grande, comice exile* (10). Y justamente con la misma palabra definía Heinsio (*op. cit.*, p. 59) la diferencia entre Horacio y Juvenal: «Horatius enim comice illudit: Iuuenalis tragice percellit».

Ahora comprendemos por qué consideraba Quintiliano a Lucano «*sententiis clarissimus*» (X, 1, 90). No importa que estas *sententiae* sean conocidas. Séneca, en la carta a Lucilio antes citada (94, 25), y que es indispensable para conocer este tema pues es una defensa precisamente de estas admoniciones en contra de la opinión de Aristón, comenta: «*Quid prodest, inquit, aperta monstrare?*» *Plurimum: interdum etiam scimus*

nec adtendimus. Non docet admomito, sed aduertit, sed excitat, sed memoriam continet nec patitur elabi.

El hombre se distingue de los animales por la *eloquentia*, por la facultad de hablar; cuanto más se trabaje sobre ella, más se separará el hombre de lo inanimado. «Rhetoric, then, in the sense of the study of *eloquentia*, is bound to be reflected in some way or other in all Roman literature that deserves the name» (71). No lo nuevo, sino lo bien dicho, es lo que importa; y tal principio estaba sentado ya desde el Panegírico de Isócrates.

Otro ejemplo acabará de darnos una idea de las aspiraciones de la retórica: la muerte de Pompeyo en el libro VIII de la Farsalia. Lucano no cuenta escuetamente lo sucedido, sino que pone especial énfasis en hacernos saber con toda clase de detalles lo espantoso del crimen: en primer lugar, el consejo en la corte de Egipto, con los buenos consejos de Acoreo y las malas mañas de Fotino, que ya ambientan la escena; después, las reflexiones personales del poeta, la llegada de Pompeyo, su recibimiento por un romano, los presentimientos de Cornelia, la exhortación de Pompeyo a sí mismo a la muerte y el llanto de su esposa. Y después de toda esta larga tirada de versos, Lucano despacha con sólo uno la acción de Aquilas:

*Sed postquam mucrone latus funestus Achillas
perforat*

(VIII, 618-619). ¿Qué significa esto? Sencillamente que a Lucano no le interesa la descripción del crimen en sí, sino lo que puede contener de humano, o mejor dicho, de inhumano. Quiere que el lector aprecie en todo su valor la muerte de Pompeyo por las circunstancias del crimen: que fué su asesino el rey de Egipto, tierra tan despreciable para Roma; que Pompeyo le había dado el trono; que un romano formaba parte de los secuaces de Aquilas, etc. Pone Lucano todo su empeño en crear un ambiente trágico, para que a la muerte de Pompeyo se reúnan todas las circunstancias posibles que aumenten la δεινότης. ¡Qué diferencia con Virgilio que con sólo un verso, como el famoso *et dulcis moriens reminiscitur Argos* (*Aen.* X, 782), logra el πάθος «la suprême nostalgia du mourant» (72) entre una larga descripción más objetiva de los horrores de la guerra! Lucano trata de aunar en conjunción estupenda todos los elementos que puedan tener un valor ético, para que en un momento dado concurren unidos en síntesis pujante; por ello emplea esos violentos contrastes de claro-oscuro como la tranquilidad del pescador frente a la tur-

bulencia de César, el paso del Rubicón frente a la penosa evacuación de Roma, etc.

Por ello no hemos de censurar a Juvenal si siguiendo el gusto de la época introduce estas sentencias y construye sátiras enteras en la forma de una controversia. Pero tampoco hay que exagerar demasiado. En una reseña a un curioso libro ruso sobre la retórica en Ovidio, H. Magnus (73) llamaba la atención al autor del libro sobre el hecho de que no todos los lugares comunes proceden de una escuela retórica; muchos entroncan con una sabiduría popular de siglos común tanto al vulgo como a los poetas; otros tienen su raíz en la naturaleza del hombre que reacciona igual o parecidamente en idénticas o semejantes circunstancias; otros, por último, son propios y exclusivos de los poetas, que los tratan con especial afecto, y los transmiten unos a otros como simientes poéticas, tal como los rasgos físicos pasan en la herencia biológica de padres a hijos indefinidamente.

El peligro de la retórica, la excesiva elocuencia, lo había visto también Séneca (*Ad Lucil.*, 40, 7), quien comparaba, con afortunada metáfora, la desbordante facundia con el hombre que corre cuesta abajo y no puede detenerse cuando quiere. De esta grandilocuencia adolece Juvenal, como Lucano, pero nunca llega a hacerse insoportable, porque siempre es compensada por versos de maravilloso empuje.

Y como colofón de estas consideraciones nos queda por contestar la pregunta más subjetiva: ¿era un verdadero poeta Juvenal? *Quot capitulum uiuunt, totidem studiorum milia*, reza el proverbio latino. Afirmáremos tan sólo que nosotros estamos tan convencidos de la fuerza poética de Juvenal y de la eficiencia de su moralismo como lo estaba Aldo Manucio al publicar su edición «de bolsillo» en 1501: «eo tempore —según dice en la dedicatoria—, quo omne uitium magis stat in praecipiti quam stabat cum conderentur». También Mayor estaba convencido de ello, cuando en su introducción al suplemento de su comentario acaba convirtiéndose él mismo en un satírico, protestando, no sin cierto ingenio, del hecho de que en Inglaterra amenace la ganadería, y por ende los latifundios, a la tierra de cultivo (74). Terminemos, pues, con aquellas palabras de Séneca, que aunque escritas sobre Fabiano, pueden aplicarse con toda justicia a nuestro satírico (*Ad Lucil.*, 100, 11): *Non erint sine dubio singula circumspccta nec in se collecta nec omne uerbum excitabit ac punget, fateor. Exhibunt multa nec ferient, et interdum otiosa praeterlabetur oratio, sed multum erit in omnibus lucis, sed ingens sine taedio spatium.*

N O T A S

- (1) *Juvenal the Satirist*, Oxford, 1954, Reimpreso en 1955.
- (2) *LEC*, XXII, 1954, p. 457.
- (3) *Juvenal y su tercera Sátira*, Madrid, CSIC, 1956. Anteriormente, aparte de D. López y F. Díaz Carmona, no se había trabajado gran cosa sobre Juvenal en España. Sobre la imitación de Juv. por Quevedo, v. R. Sánchez Alonso, *Los satíricos latinos y la sátira de Quevedo*, *RFE*, XI, 1924, págs. 33-62, 113-53. En los tiempos visigodos se encuentran influjos juvenalianos en las poesías de Eugenio de Toledo y su sucesor S. Julián (M. Manitius, *Beiträge zur Geschichte römischer Dichter im Mittelalter*, Ph. L, 1891, p. 355). En la Edad Media sabemos que un manuscrito de Juvenal fué llevado por S. Eulogio a los mozárabes cordobeses (Alvaro, *Vita Eulogii*, III, 9), pero no hemos podido hallar ninguna huella en las poesías de Alvaro de Córdoba también en García de Toledo y Gil de Zamora se encuentran influjos de Juvenal (M. Manitius, *Zu römischen Schriftstellern im Mittelalter*, Ph. LXI, 1902, p. 471, y su *Geschichte der Lat. Lit. des Mittelalters*, München, 1931, III, p. 46). Por último, en la *Historia Compostellana* se encuentra un eco de III, 30 (M. Manitius, *Geschichte der Lat. Lit.* III, p. 531). Un sucinto resumen de las citas de Juvenal en Europa y en España se puede encontrar en J. Ghellinck, *L'essor de la littérature latine au XIIe siècle*, Bruxelles, 1946, II, pp. 75-76, y sobre todo en Highet, *op. cit.*, cap. XXIX-XXX, verdaderamente excelentes. En las fuentes romances se encuentra también mención de Juvenal en la *General Estoria* de Alfonso X (ed. Solalinde, Karsten y Oelschläger, CSIC, 1957): «et Juvenal en el so libro» (p. 24_a), hablando de Busiris, que él confunde con Fálaris, aunque esta confusión se encuentra ya en el Tudense (I, 8). La alusión parece ser a VIII, 81, o VI, 486. Otra vez, hablando de los dones que hacen las diosas a Perseo, afirma que entre ellas le da «Pallas un escudo de cristal, según cuentan las glosas del libro Juvenal» (p. 276_b₆₋₇), que quizá podría ser un escolio a XII, 4. En último término, Alfonso X maneja a Juvenal de segunda mano, pues es bien sabido que los únicos autores latinos clásicos a quienes cita sobre el original son Ovidio, Plinio, Lucano y Estacio.
- (4) *Studio sulla satira di Giovenale*, Florencia, 1957. Así pues, tenía razón Knoche, cuando en su excelente manual *Die römische Satire* (Berlín, 1949, p. 97), decía que «eine befriedigende Gesamtwürdigung Juvenals liegt noch nicht vor».
- (5) De la vida de Juvenal y de la valoración de las noticias de los escolios nos gustaría ocuparnos *in extenso* en otra ocasión.
- (6) *Libro de Buen Amor*, Introd., p. 12 Cejador.
- (7) Así, critica la sátira IV, «in qua sunt nonnulla quae cum venia vix legas» (p. 105); otras veces su manera de escribir: «Quis latine dicat navem minorem facere pro eo, quod est, exonerare?» (p. 107); el pasaje en cuestión es XII, 56. La rara expresión tiene una locución gemela en el latín de las inscripciones españolas, aunque con diferente significado: *quisquis*

mihī imudavit involavit minusve fecit, *CIL*, II, 462 y en español antiguo «hacer a alguien menos de algo»: «robar»; cf. Menéndez Pidal, *Mío Cid*, p. 343*). También se queja de la sinécdoque de *ebur* (XII, 112) o del verso, que a su juicio es inepto, 423 de la *sat.* VI (pp. 110 y 113). Juvenal a su juicio es un *περιλάλος* (p. 112). Al fin se ve constreñido a admitirle como poeta (p. 116). Y Heinsio no habría tampoco camino en esta consideración de Juvenal; ya en tiempos de Escalígero Juvenal tenía detractores y Horacio admiradores, contra lo que se revuelve airadamente Escalígero (*Iuli Caesaris Scaligeri Poetices libri septem*, Lyon, 1561, VI, VII, p. 334): «Lutulentum ait (Horacio) fluere Lucilium: at ego ipsum ne fluere quidem dico. Et quoniam quidam stolidi ita eum sunt admirati, ut solum scisse satyram scribere iactarent: Iuuenalē vere non satyrum, sed declamatorem existimandum»... y pasa seguidamente a hacer una alabanza de Juvenal en contra de Horacio. Más detalles sobre la opinión de Escalígero sobre Juvenal se pueden ver en nuestra nota 16.

(8) Como por ejemplo, la suposición de que en la *sat.* III Juvenal «si tormenta di non essere in ciò allo loro (la de los griegos) altezza» (*op. cit.* p. 36), punto en que no hace más que seguir a Boissier. Ya Mayor comentaba que en este aspecto Boissier era «proof against irony» (supl. a su comentario, Londres, 1886, p. XXI). La Srta. M. R. Posani nota justamente que a Marmorale le falta «simpatía» por Juvenal (*Precisazioni critiche sulla poesia di Giovenale*, *AeR*, XI, 1943, p. 104).

(9) Marmorale, *op. cit.*, p. 40.

(10) Serafini, *op. cit.*, p. 104. Como hace notar M. F. Galiano, en el libro más sensato, comprensivo y brillante que nosotros hayamos leído sobre Safo (*Safo*, Madrid, 1958, p. 62), los filólogos pasan sin tocar por el *Knabenliebe* de tantos y tantos escritores griegos, para ir a discutir precisamente un caso dudoso, como es el de Safo. Pues igual, trasplantado al campo de la literatura latina, ha ocurrido con nuestro Juvenal.

(11) *Giovenale e la critica recente*, *AeR*, VII, 1939, p. 137.

(12) Marmorale, *op. cit.*, p. 41.

(13) Highet, *Juv. the Sat.*, p. 269.

(14) Serafini, *op. cit.*, p. 107.

(15) Por ejemplo, otro caso muy traído y llevado que en nuestra opinión es debido también a una consciente imitación de lo griego es el de la *ῥίψασπία* de Horacio (*Od.* II, VII, 10-14), punto en que estamos plenamente de acuerdo con F. Fränkel (*Horace*, Oxford, 1957, pp. 11-12); los autores griegos en que se basa Horacio son Alceo (*Z* 105 L-P), Anacreonte (51 D) y sobre todo Arquíloco (6 D). En otro pasaje de Arquíloco (*marmor parium* 51 D, IV A) Horacio ha seguido tan fielmente al yambógrafo que ha permitido a Zielinski reconstruir el mutilado texto (v. el *ap. crit.* de Diehl).

(16) Libro III de la Poética, XCVIII, p. 149: «alterum est non minoris precii praeceptum: ut ne, dum vitia insectamur, eas ponamus voces, e quibus qui legunt, euadant deteriores, nam sane foeditates nemo bonus nominare debet, nedum ut litteris mandet. Quid enim cogitet adolescens, qui certarum ignarus obscœnitatum, audiat verba aut vocabula tam nefanda, quam monstrosos sunt ingenio ii qui ea scriptis suis audent inserere? Malo igitur non reprehendere vitia detestanda, quam in execranda oratione mereri reprehensionem. Si quis igitur aliena peccata insectetur: ea modestia vtatur, ne suum librum efficiat eo nequiores, de quo verba facit. Quid enim tetrius quibusdam versibus Iuuenalis, propter quorum insolentiam vel iusserim vel optarim toto opere abstinere virum bonum?» (en este punto es seguido por Heinsio; v. más adelante, p. 111). Y en otro pasaje, VI, VI, p. 323: «Iuuenalis autem candidus: ac Satyrorum facile princeps, nam eius versus longe meliores quam Horatiani: sententiae acriores: phrasis apertior. Hos autem omnes hoc in genere dicendi missos faciamus. quippe Horatius modo pure diceret, nihil pensi habuit, de his mox. Persius ostentator febriculosae eruditionis caetera neglexit: Iuuenalis paulo cultior, hac ipsa diligentia censuram nostram merito deprecatur». Sin embargo, el juicio de Julio César Escalígero, un tanto contradictorio en estos pasajes, no

es de gran autoridad; desgraciadamente el gran filólogo no estaba a la altura de un Casaubon por ejemplo, en crítica literaria. Cf. el juicio sobre Homero y Museo: «Arbitror enim ego Musaei stilum longe esse Homericum politioem atque complitoem, quod ut clarius poteat, aliquot versus adducere coactus sum. Nam quemadmodum omnes sunt incomparabiles, solique e Graecanicis Virgilio digni, ita nonnulli adeo compositi ut ab eius gentis nullo alio quam a Musaco dici potuisse videantur, quare neque Homerum, neque Opheum, sed Musaeum fecit ille (Virgilio ?) principem Elysiacarum cantionum» (V, II, p. 215; cf. I, VI, p. 12; cf. tb. E. Malcovati, *Ero e Leandro*, Milán, 1947, pp. V-VI). Por ello tiene razón Wilamowitz al decir que Escalígero no sentía la poesía griega ni la tragedia (*Einleitung in der Gr. Trag.* ed. 1959, pp. 222 y ss.; sobre la Poet. de Escalígero, p. 225). Va sin embargo demasiado lejos cuando afirma que los humanistas no llegaban a comprender el texto y que sólo en el Renacimiento alemán se llegó al convencimiento de «dass nicht nur hier und da ein Vers oder eine Strophe, sondern ganz lange Partien nebelhaft oder gar nicht verstanden wurden. Man muss einmal eine alte Ausgabe durchmustert haben, um sich das klar zu machen, und man kann dazu noch Schütz nehmen» (*Aischylos Interpretationen*, Berlín, 1914, p. 236). Que los humanistas no comprendían algunos pasajes está fuera de duda, y si no, lo confirma la afirmación de nada menos que un Casaubon: «quis Graecis litteris doctus choros tragicorum inoffenso pede percurrit?» (*Aulè Persi Flacci Satirarum liber*, París, 1605, p. 13 de los *Prolegomena*). Con todo, desgraciadamente, lo que no entendían hombres como Casaubon no lo entendemos con probabilidad tampoco nosotros, y su afirmación podría extenderse también a nuestro siglo. Y a pesar de todo su visión de lo griego y sus juicios literarios (en lo que supera con mucho a los demás humanistas del XVI y XVII) son realmente admirables. Lo que interesaba por otra parte a Wilamowitz en su magistral historia del humanismo era demostrar que un verdadero conocimiento de Grecia se consiguió tan sólo en el Renacimiento alemán (lo cual por otra parte tiene mucho de verdad, sobre todo en lo que se refiere al jubiloso descubrimiento de lo griego desde el punto de vista arqueológico) y así subrayar implícitamente que era en él mismo en donde habían cuajado los dos caminos, el puramente formal y áspero de la γραμματικὴ τέχνη representado por Hermann, y el interpretativo y arqueológico-histórico, defendido por O. Müller y Welcker.

(17) Mayor, *Thirteen Satires of Juvenal*, Londres, 2.^a ed. 1878, II, p. 181, J. Jessens, *Zu Juvenal. Ph.* LIX, 1900, pp. 519-20. Pero si se admite la distinción de Friedländer entre las fiestas *secreta bonae deae* y las públicas, estando admitidas a las primeras las *lenonum ancillae* (com. a VI, 314-334 en *D. Junii Juvenalis Saturarum libri*, Leipzig, 1895, p. 321) se vendría a tierra esta hipótesis.

(18) Marmorale, *op. cit.*, p. 90.

(19) Posani, *op. cit.*, p. 115.

(20) *Geschichte der römischen Literatur*, München, 4.^a ed. 1935, II, p. 571. Lo contrario justamente defiende Terzaghi, *Storia della letteratura latina da Tiberio a Giustiniano*, Milán, 3.^a ed. 1949, pp. 288-89. En la apreciación de Juvenal anda Terzaghi poco acertado (cf. el error grande de seguir manteniendo que Juv. tiene confusa la geografía de Egipto en nota 17 de la pág. 292).

(21) *L'Opposition sous les Césars*, París, 1875, p. 321.

(22) Marmorale, *op. cit.*, p. 59.

(23) Highet, *Juv. the Sat.*, p. 63.

(24) Marmorale, *op. cit.*, p. 63.

(25) Schanz-Hosius, *op. cit.*, II, p. 571.

(26) *D. Iunius Satirarum Libri V.* París, 1616, p. 1 de la introducción.

(27) Rigault (*op. cit. Introd.*, p. 13) trae a colación muy a punto el pasaje de Luciano en que se habla de la carestía de la ambrosía y el néctar en el cielo por la muchedumbre de celestes bebedores:

ἐπειδὴ πολλοὶ τῶν ξένων... παρεγγραφέντες οὐκ οἶδα ὅπως καὶ θεοὶ δόξαντες ἐμπεπλήκασιν μὲν τὸν οὐρανόν, ὡς μεστὸν εἶναι τὸ συμπόσιον ὄχλου παραχώδους... ἐπιέλοιπε δὲ ἡ ἀμβροσία καὶ τὸ νέκταρ, ὥστε μνάς ἦδη τὴν κοτύλην εἶναι διὰ τὸ πλῆθος τῶν πινόντων

(*deorum concil.* 14). J. Jessens ha tratado del *Witz und Humor im Juvenal*, Ph. XLVII, 1899, pp. 320-27), pero en la mayoría de los casos se trata de conjeturas nada sólidas. De los tres satíricos (pasando por alto los fragmentos de Lucilio) es Persio el único que no tiene humor, y esto ya lo había visto uno de sus mayores admiradores, Casaubon: «Frustra enim est cum persuadere vult nobis, fuisse se petulantii splene cachinnonem. ain'tu Persi? σὺ δὲ ὦ γὰθὲ, Ἰλιεως εἶης et nobis ignosce: quin potius existimamus in te expetiisse quod apud Attica de Persa nescio quo dixit: ὅτι ῥᾶόν ἐστι πῶρ ἐκτρίψαι ἀπὸ σοῦ ἡ γέλωτα (*Proleg. in Persium*, p. 11).

(28) Lemaire, ed. de Persio, París, 1830, p. 545.

(29) Friedländer, *op. cit.*, p. 39. Sin embargo, en su *Sittengeschichte Roms*, 1881 5.^a ed., III, p. 551, habla del epicurismo de Juvenal.

(30) *Note Giovenaliene*, RIGI, 1926, p. 6.

(31) *The Philosophy of Juvenal*, TAPhA, LXXX, 1949, pp. 254-270.

(32) *Demokrits Schrift περὶ εὐθυμίας H*, XIV, 1879, p. 391.

(33) *The Literary Influence of Cicero on Juvenal*, TAPhA, LVII, 1926, pp. 181-194.

(34) *The Thou-shalt-nots in Juvenal*, CJ, XXI, 1926, pp. 268-280. J. D. Jefferis (*Juvenal and Religion*, CJ, XXXIV, 1939, pp. 229-233) supone que Juvenal no admite las religiones extranjeras, ni griegas ni orientales, pero describe con gusto los antiguos rituales romanos; sin embargo, se ve obligado a confesar que «he is rather a conformist than a sincerely religious man» (p. 233). Casaubon (*proleg. in Persium*, pp. 5-6) dice: «Iuuenalis mores ignoramus: in Satiribus quidem suis τὰ φιλοσοφούμενα sic tangit, ut facile appareat, diuturniorem ipsum rhetorici quam philosopho operam dedisse».

(35) Highet, *art. cit.*, p. 258. Sobre la moderación de las últimas sátiras ha tratado al final de su interesante art. (*Zur Technik der Personenzeichnung bei Juvenal*, SO, XVII, 1937, pp. 77-102) E. Smemo: no revelan una impotencia senil [así se expresaba Friedländer en su introducción a la sat. XV, y Vollmer (en la *RE*, s. u. *Iuuenalis*) declaraba la sat. X como un ziemlich schwaches Produkt] ya que se siguen encontrando en ellas descripciones llenas de fuerza, aun cuando quizás les falte sensibilidad en la elección de la materia: «die Resignation hat begonnen, Hohn und Zorn sind ausgeschaltet» (p. 101).

(36) Heinsio, *op. cit.*, p. 115.

(37) Marmorale, *op. cit.*, pp. 65 y ss.

(38) Siguiendo a Platón dice Albino (s. II d. J. C.):

λόγος ἐξ ἐρωτήσεως καὶ ἀποκρίσεως συγκριμένος... μετὰ τῆς πρεπούσης ἡθοποιίας τῶν παραλαμβομένων προσώπων.

(v. R. E. Witt, *Albinus and the History of Middle Platonism*, Cambridge 1937, p. 110 y nota 2; el artículo de Kroll (*RhM*, 1903, pp. 568) que aduce Witt no aporta más luz. Sobre los caracteres de Teofrasto, cf. Gomperz, *Gr. Denker*, Berlín, 1931, 4.^a ed., pp. 404-411; sobre su éxito en la escuela peripatética, pp. 412-13. Algo de todo esto había atisbado E. Smemo (*art. cit.*, p. 100): «nur dadurch, dass er die Personen angreift und züchtigt, glaubt er die Unmoralität und Perversität an der Wurzel zu treffen». Sobre las diferencias y analogías del *philosophus ethicus* y el satírico, v. Casaubon, *proleg. in Persium*, 1-2.

(39) Compárese p. e. *Caract.* II, 4 y 10 con la descripción del griego en Juv. III, 100 y ss.; *Caract.* VI, 2-3 Ἀμῆλει δυνατός ὢν καὶ ὀρχεῖσθαι νήφων τὴν κόρδαχα con Trimalción borracho y pidiendo a su mujer que baile el *cordax* (*Sat.* 52) y cuando ella, bebida, quiere bailar lo de grado (*Sat.* 70, cf. además *Caract.* IV, 7, con Persio, IV, 35-6 o la broma de Habinas en *Sat.* 67, por no elegir más que unos pocos ejemplos).

(40) Friedländer, *Sittengeschichte*, III, p. 340.

(41) Serrando el árbol en que el animal se apoya para dormir, ya que el elefante, por no poder doblar sus patas, no puede levantarse. La noticia viene desde Ctesias, v. M. Wellman, *Eine religionsgeschichtlich-naturwissenschaftliche Untersuchung*, Ph., Suppl. XXII, 1930, p. 30. Se encuentra en Diodoro III, 27; Estrabón, XVI, 772. Cf. César, *Bel. Gal.* VI, 27 y Plin., *N. H.* VIII, 15, 39; es interesante Cuvier, *Recherches sur les ossements fossiles*, 3.^a ed., 1825, tomo IV, cap. II, 1.^a sección. Al libro de Alexandre pasó por el *Physiologus*.

(42) Y aún muchos siglos más tarde, Gómara afirma que «hay peces puercos y peces hombres, muy semejantes en todo al cuerpo humano» (*Historia General de las Indias*, 89). Sobre los peces puercos, cf. Plinio, *N. H.* IX, 15, 17, y S. Isidoro *Etym.* XII, VI, 12. No se puede saber si son las marsopas o 'sea-swine' como las llaman los ingleses, o los otros peces puercos que menciona Cabeza de Vaca, *Comentarios*, 48. En cuanto a la explicación de Saint-Denis, que relacionaba el pez hombre con el lamantino («gros cétacé dont la tête a un aspect humain», ed. *Les belles Lettres*, 1955, p. 102), queda invalidada por el texto de Gómara, ya que éste conoce bien el manatí (cf. la descripción que de él da en XXXI, un tanto fantaseada por la leyendas del delfín en Plinio) y lo considera animal exótico.

(43) La teoría se hallaba ya en Heráclito y Jenófanes. Cf. el comentario de Bailey a Lucrecio, V, 650-5, III, 651-2, Oxford, 1950.

(44) Cf. los decretos que comienzan con el *S. C. de Bacchanalibus*, seguido por el *S. C. de philosophis et rhetoribus* (Gelio, XV, 11; Suet. *De rhet.*, 1); sobre la expulsión de los epicúreos Alceo y Filisco (en 173 o en 155) v. Ateneo, XII, 547a y Eliano, *Var. Hist.*, IX, 12; sobre la embajada de Carnéades, Diógenes y Critolao (cf. anteriormente en 168 la embajada de Crates de Pérgamo, Suet. *De gramm.* 2) las fuentes principales son La laucio, *Inst. Div.* VI, 6, 23, que nos informa sobre el tema de las conferencias de Carnéades, la justicia, Cic. *De orat.* II, 37 y ss. sobre las diferencias oratorias entre los tres filósofos, Gelio, VI, 14, 9, sobre la causa de la embajada (*propter Oropi vastationem*, cf. Pausanias, VII, 11, 4 y ss. y Dittenberger, *IG.* VII, *Inscriptiones Megaridis, Oropiac, Bocoliac*, 411: se decretan honores a Hierón de Egira por haber defendido los intereses de los oropios en la reunión de la liga aquea en Argos; cf. tb. Dittenberger *Sylloge* II, 675), la mulla *Calentum quingentum*, que fueron reducidos después según Pausanias a cien), el traductor C. Acilio (cf. Plut. *Cato maior* XXII; Macrobi. *Saturn.* I, V, 16: *sed in senatum introducti interprete usi sunt Caelio senatore* ha de ser corregido en *Acilio*, que era uno de los analistas); sobre la oposición de Catón, v. Plinio, *N. H.* VII, XXX, 112 y Plutarco, *Cat. maior* 23 (según Plutarco, Catón llamaba a Sócrates charlatán y sostenía que su muerte le había estado bien empleada por haber intentado disolver las leyes patrias); una anécdota de Carnéades y A. Albino, probablemente el analista (cf. las diatribas contra él de Catón en Macrobi. *Saturn.* Prefacio XIII y ss.) relata Cicerón, *Acad.* II, XLV. Las demás fuentes, Eliano, *Var. Hist.* III, 17, Cic. *ad Att.* XII, 23, 2, *Tusc.* IV, 3, Gel. XVII, 21, 48, no arrojan más luz. Sobre los médicos, v. Plinio, XXIX, 1, 7; sobre la música, Friedländer, *Sittengeschichte*, III, 293.

(45) Sobre los griegos acompañantes de Tiberio, Tácito, *Ann.* IV, 58, 1; sobre sus citas en griego, *Ann.* III, 65, 3; VI, 20, 3 (cf. tb. Suet. *Claud.* 42); sin embargo, en la lengua oficial mostraba especial cuidado por el purismo de la lengua, cf. Suet. *Tib.* 61 y las anécdotas de Dión Casio, LVII, 15. LVII, 17.

(46) Sobre Homero y Virgilio, XI, 180-181; sobre Zenón, XV, 107, sobre Epicuro, XIII, 122 y XIV, 319, sobre Solón, X, 274. Es probable la imitación de Heródoto en X, 173-187 (Heród. VII, 21, 3 y ss.), en X, 274-75 (Heród., I, 86, 3), en XIII, 199 y ss. (Heród., VI, 86). Highet (*Juvenal's Bookcase*, *AJPh*, 1951, LXXII, pp. 369-394) sostiene que salvo Homero «there is no clear evidence that he knew any other Greek author... Anyhow, he loathed Greece and the Greeks» (p. 389). Esto es sin embargo demasiado radical. Por otra parte, la estructura de la *Sat*

IV tiene un sugestivo parecido, no señalado hasta ahora, con Heródoto, III, 42, aparte de que sea una parodia del *De bello germanico* de Estacio. En realidad, el caso de la *pagina* ocurrió en tiempo de Vitelio (Suet. *Vit.* XIII y Plinio *N. H.* XXXV, 163; cf. Plinio *N. H.* XXXIII, 11, 52; *Claudi principatu servos eius Drusilianus nomine Rotundus, dispensator Hispaniae citerioris, quingenariam lancem habuit cui fabricandae officina prius exaedificata fuerat*). Podría ser una refundición irónica de Juvenal según el modelo de Heródoto. Sobre la costumbre de enviar peces raros a los Emperadores, cf. Séneca, *ad Lucil.*, XCV, 42, Suet. *Tib.* 60.

(47) *Hyperion*, libro I, carta 6 a Belarmin. Sobre la palabra *Graeculus*, de frecuente uso en Cicerón [es notable su frecuente repetición en el *De oratore* I, 47; I, 102; etc., que es el diálogo conservado más perfecto de Cicerón, de estilo más elevado (cf. el uso de la *imesis per mihi mirum*, etc.) y en el que se nos dá la visión más completa de la vida intelectual romana a principios del s. I a. d. J. C.] y Suetonio. Es interesante que en un furibundo discurso en contra de Cicerón, Fufio Caleno, agotados sus recursos hipocorísticos, eche mano del *graeculus*: ὦ Κικέρων ἢ Κικέρκουλε ἢ Κικεράκιε ἢ Κικέρτιθε ἢ Γραικούλε (Dión Casio, XLVI, 18, 1).

(48) Nombramos a Frontón y a Aulo Gelio, aunque en realidad pertenezcan ya a otro período literario, porque en ellos llega a la culminación una tendencia de profundo entronque en Roma; en efecto, ya Horacio hablaba (*Epist.* II, 1; F. Leo pensaba que toda esta epístola estaba dirigida contra Varrón y sus seguidores, v. *H.* XXIV, 1889, 80) del gusto por lo antiguo de su época (cf. Persio, *Sat.* I, 76-78). También menciona Tácito (*Dial.* XXIII, 2) a romanos *qui Lucilium pro Horatio et Lucretium pro Vergilio legunt* (cf. Quint. *Inst. Orat.* X, 1, 93). Marcial se burla de aquel otro: *Attonius legis: «terrai frugiferai» Accius et quidquid Pacuviusque uomunt* (XI, 90, 5-6). Donde se ve bien esta inclinación es en el criterio literario de los emperadores, que viene a resumir el de su época. Así, mientras Augusto (Suet. *Aug.* 87) usaba expresiones vulgares *cotidiano sermone* y su preocupación principal era hablar lo más llanamente posible, Tiberio empleaba vocablos arcaicos (Suet. *Aug.* 86: *sed nec Tiberio parciť (Augusto) et exoletas interdum et reconditas voces aucupantiť*) y Claudio exhumó el digamma (Suet. *Claud.* 41). Pero en quien cristalizó con mayor fuerza fué en Adriano: *Ciceroni Catonem, Vergilio Ennium, Salustio Coelium praetulit* (Ael. Spart. *Hadr.* 16), y tras él en Frontón, Gelio, Cornelio Labeón, etc. (incluso en los *carmina sepulcralia* se encuentra un eco de la poesía de Adriano *Animula vagula blandula* que nos trasmite Espartiano, *Hadr.* 25, 9. cf. la inscripción 579 Wilmanns, descrita por Nissen, aunque su datación sea errónea, en *H.* I, 1866, pp. 149 y ss.). Esta rápida e incompleta revisión nos permite vislumbrar y entender la evolución de un estilo literario: han sido precisos cerca de dos siglos para que logre cuajar una tendencia, que por otra parte puede permanecer en estado latente [es interesante el estado de latencia del romancero español durante tres siglos, v. R. Menéndez Pidal, *Romancero hispánico*, Madrid, 1953, cap. XVIII-XIX; otro estudio del mismo autor sobre la latencia de la épica (*Los godos y la epopeya española*, Madrid, 1956, pp. 1-57) no es por desgracia tan convincente] o no llega a manifestarse jamás. Por tanto no pueden fijarse nunca con certeza los límites ni las características de una época en relación a otra. En realidad, el panorama literario de la época del primer siglo de nuestra era es mucho más complejo de lo que lo vé, por ejemplo, E. Bickel (*Geschichte der römischen Literatur*, Heidelberg, 1937, p. 182) cuando dice: «so gross innerhalb der Gesamtheit dieser sprachlichen Stilperiode (der silbernen Latinität) die feineren Unterschiede in Poesie und Prosa sind, genügend sichere Grenzen trennen die silberne Latinität sowohl nach oben wie nach unten hin. Die Grenzlinie nach unten hin bildet das archaische Latein, das im Laufe des 2. Jahrh. unter dem vorherrschenden Einfluss nicht mehr der Spanier, sondern der Afrikaner sich entwickelt hat. Nach oben hin bildet die Grenzscheide die klassische Urbanität» o cuando más adelante (p. 183) afirma que «jede Altertümelei wird von der silbernen Latinität zurückgewiesen». Estas conclusiones a nuestro juicio son exageradas, ya que hemos visto antes que los arcaizantes florecían también en el s. I.

En cuanto al influjo español lo hemos pasado por alto en la revisión de las características de esta época, en la creencia de que no podemos formular un juicio por carencia de datos; en efecto, para darnos una idea de lo que podría haber sido el influjo español en la literatura latina, tendríamos que poseer una literatura hispana coetánea y así cotejar ambas, o en su defecto, habríamos de buscar una característica común a los escritores hispanos que al contrario faltase en los escritores puramente latinos. Tal es el caso, por ejemplo, del *tumor africanus* característico de la *Africanitas* del s. II. Sin embargo, nosotros al menos no hemos podido encontrarla (cf. más adelante, nota 50, nuestro juicio sobre Lucano). Y esto no es de extrañar, ya que en el s. I todavía la literatura propiamente latina vivía un período de intensa actividad y pudo asimilar sin detrimento de sus cualidades vernáculas elementos extranjeros. En cambio, en el s. II, en que continuó el dilettantismo del siglo anterior pero sin su capacidad creadora, la literatura latina se hallaba inerme e indefensa contra los influjos extraños. Un claro ejemplo de que la educación en este tiempo en Africa bastaba para influir permanentemente en la formación de una persona, aunque su familia fuese romana, lo tenemos en Clodio Albino. Original de Hadrumeto (*sed nobilis apud suos et originem a Romanis familiis trahens*, Jul. Cap. Clod. 4, 1), pasó su juventud en Africa, *eruditus litteris Graecis et Latinis mediocriter* (ib. 5, 1); por esta educación escribió en su madurez cuentos milesios (*quamvis mediocriter scriptae sint.*, ib. 11, 8). Septimio Severo le reprochaba el que *nenius quibusdam anilibus occupatus inter Milesias Punicas Apulei sui et ludicra litteraria consenesceret* (ib. 12, 12); es decir, Clodio Albino no llegó a ser considerado nunca como un romano puro, al igual que Septimio Severo, según hace constar su cronista, era por naturaleza *canorus uoce, sed Afrum quiddam usque ad senectutem sonans* (Ael. Spart. Sept. Sev. 19, 9). La misma dificultad de pronunciación notaba Cicerón en poetas gaditanos (*pro Archia* 26). Pero el hecho de que ya los escritores del s. I d. d. J. C. no establezcan diferencia alguna entre los hispanos y los romanos, como lo hacían en el s. II d. d. J. C. entre romanos y africanos, y de que Tácito y Juvenal, que hablan indignados de la afluencia de griegos a Roma y de su desmesurada ambición, no mencionen en absoluto como extraño el caso de Séneca o Lucano, es la mejor prueba de que Roma había asimilado por completo a España. Hablar, pues, de escritores hispano-latinos, como se ha venido haciendo hasta ahora, es, al menos en este período, expuesto.

(49) Schanz-Hosius, *op. cit.*, II, p. 812.

(50) *Vita III Lucani* (ed. *Les belles Lettres*). Así nos encontramos en desacuerdo con la doctrina de R. Menéndez Pidal (*Poesía e Historia en el Mio Cid*, NREFE, III, 1949, pp. 113-129), que une a Lucano con el poema del Cid, Ercilla y Camoens por su verismo y coetaneidad con los hechos que narran. La posición literaria de Lucano se explica dentro de una evolución de la literatura latina, sin necesidad de recurrir a un influjo externo. Un cambio más revolucionario hizo Nevio, al crear la épica de tema romano y la *fabula togata* y no hemos de ver en él sin embargo un caso aislado o chocante.

(51) Esta frase nos recuerda otro ejemplo de incipiente culteranismo, en plena Edad Media: «e tiene por mengua de sabiduria (D. Jaime) hablar de las cosas muy llana e declaradamente» (D. Juan Manuel, *Conde Lucanor*, II parte).

(52) *REL*, XXXI, 1954, p. 377. En esta apreciación coincidimos plenamente con Highet (*Juv. Bookcase*, p. 370): «As for Lucilius, whom he claims as his model, the fragments of Lucilius' satires are usually too scanty to show whether Juvenal copies many themes from him or not». En la nota 51 de la p. 392 da una lista de imitaciones a Lucilio: XIV, 322-29, (Lucil. 201-3 Terzaghi) X, 198-206 (Lucil. 347-48 Terzaghi) VI, 461-65 (Lucil. 525-6 Terzaghi) III, 142-3 (Lucil. 1153-54 Terzaghi; citado por el escoliasta) X, 65-66 (Lucil. 1262 Terzaghi), IX, 89 (Lucil. 1151 Terzaghi), y dos posibles: IX, 18 (Lucil. 683 Terzaghi), XIV, 207 (Lucil. 1381 atribución de Bücheler). Las tres últimas en realidad son muy problemáticas. Nosotros hemos recogido otras tres imitaciones (las dos primeras anotadas por Mayor; Friedländer no comentó ninguna), de las cuales la primera, es muy probable: I, 55-57 con Lucil. 228 Terzaghi: non

omnibus dormio: prouerbium uidetur natum a Cipio quodam, qui Pararhenchon dictus est quod simularet dormientem, quo impunitius eius uxor moecharetur (Festo, s. u. non omnibus dormio). Cf. tb. Plutarco, *Amañ.* 16, 759-60:

ὡσπερ καὶ ὁ Ῥωμαῖος ἐκεῖνος, ὦ ἐταῖρε, Γάββας εἰστία Μαικήναν ὡς ἔοικεν, εἰδ' ὄρω» διαπληκτιζόμενον ἀπὸ νευμάτων πρὸς τὸ γόνατον, ἀπέκλινεν ἡσυχῇ τὴν κεφαλὴν ὡς δὴ καθεύδων· ἐν τούτῳ δὲ τῶν οἰκετῶν τινος προσρυσθέντος ἔξωθεν τῇ τραπέζῃ καὶ τὸν οἶνον ἀφαιρουμένου, διαβλέψας 'κακόδαιμον' εἶπεν 'οὐκ οἶσθ' ὅτι μόνῃ Μαικήνῃ καθεύδω;'

(cf. Terzaghi, *Lucilio*, Torino, 1934 pp. 337-338). Cf. Juvenal, X, 205 con Lucil. 349 Terzaghi y CGIL, II, *Philox.* RA 13: *rame: ἐντεροκλήλῃ*. Tb. VI, 514 con Lucil. 303 Terzaghi, cf. Marcial, III, 81, 3, Plinio, *NH*, XXXV, 46, 165 (quizá debe corregirse en el texto de Plinio *tamquam en quamquam*). Por último, Dousa padre creía que I, 153-154 era una cita directa de Lucilio (frag. 1356-57 Terzaghi).

(53) Este *italum acetum* que se había hecho sentir en los *uersus inconditi* que pronunciaban los soldados durante el triunfo en la época republicana y aún en tiempo de César, tomó cuerpo en el Imperio en los pasquines y en aquellos *scripta famosa uulgoque edita, quibus primores uiri ac feminae notabantur* que censuró Domiciano (Suet. *Dom.* 8, 3). Vespasiano era mucho más romano en este aspecto:

καὶ γὰρ ἔσχωπτε δημοτικῶς καὶ ἀντεσκόπτετο ἠδέως· εἰ δέ τινα γράμματα οἷα εἶωθεν ἀνώνουμα ἕς τοὺς αὐτοκρατόρας, προπηλακισμὸν αὐτῶ ἔχοντα, ἐξετέθη ποτέ, ἀντεξέτιθε: κατὰ προσφέροντα μηδὲν ταραττόμενος

(Dión Casio, LXVI, 11). Y con todo, no han faltado tampoco quienes hayan negado que la sátira sea un género romano, contra la expresa afirmación de Quintiliano (*Inst. Orat.* X, 1, 93): *satura quidem tota nostra est*. Escalígero (*Poet.* VI, VII, p. 334) derivaba la palabra de *σάτυρος* y por tanto llamaba a Juvenal satyrus, y no satíricus. Por otra parte, tenía ideas muy particulares sobre la relación de la tragedia y el drama satírico: «uidetur autem ex Satyra tragodiam ille (Aristóteles) gignere, quod si ita sit: iam de nomine ambigendum non est. Quid enim est aliud Satyrus, quam hircus? ex ridicula igitur factam non solum seriam, sed etiam saeuam. Iccirco a tetrametris abductum sermonem ad Iambos; quod genus carminis magis est statarium. Nobis tamen uidetur per initia introducta omnium actionum miscellam cuiusque generis: postea uero certis iudiciis per materiam argumenta separata: ut alia diceretur esse Comoedia. alia Tragoedia. Satyram neque parentem neque sobolem neque partem fuisse Tragoediae: sed inter atrocitatem a propria scena euocatam atque intersitam, ad leniendum exasperatas aures animumque spectatorum» (*Poet.* VII, 7, p. 349). Casaubon fué el 1.º que aceptó la doctrina aristotélica («ex his discimus Satyricae poëseos tantam esse uetustatem ut etiam prior ideas fuerit uera tragoedia, et quasi mater eius». *De Satyrica Graecorum Poesi et Romanorum Satira Libri Duo*, París, 1605, p. 20); hacía venir *σάτυρος* de *σάθη* = *libidinosus*, y *satira* correctamente de *satur* (*op. cit.* pp. 52-53, 317-18). Siguiendo sus pasos, Rigault (*op. cit.*, Introd. p. 2) ponía de relieve el que «nomen ipsum satirae sive saturae sit pura puta Latina uox». Sin embargo, D. Heinsio dió un paso atrás de nuevo: «cui (Casaubon) licet accedamus, cum tam accurate Satyros Graecorum, a Latina Satyra distinguat (nam et primus hoc et solus fecit: neque quicquam de hoc Scaliger), longe tamen abest ut existimemus, nihil inter se commune has poeses habuisse» (*op. cit.* p. 16). Y a continuación propone una etimología común para *σάτυρος* y *satura*: «quippe in Bacchi sacris, eiusque pompa, lancem ridiculae ac festiuae Satyrorum personae gestabant, et subinde populo, ut uerisimile est, cum dicerent ac lusibus monstrabant. In qua uuas passas et nonnulla id genus alia gestabant. Hanc *Σατύραν* teste tum Varrone, tum Hesychio, apud quem corrupte uox concipitur, dicebant. *Σατύραι· σκάφαι βοτρώων παρὰ Λάκωσιν* (Hsq. en realidad dice *Σατήραι· σκάφαι βοτρώων παρὰ Λάκωσιν*, Salmasio y Gronouio corrigieron en *σαττάραι* =

θητάραι en el com. de la ed. de Ruhnken). Vnde Satyram eandem Romani. Varro lib. Plaut. Quaest. secundo: *Satyra est uua passa, et polenta, et nuclei pinei, mulso conspersiq* (op. cit., 17-18), y por fin. remedando a Rigault, concluía: «Vnde apparet, puram putam Graecam esse uocem» (op. cit., p. 18). Apuntemos por último que Heinsio, inmerso en la tradición de Escalligero, defendía que los «Satyri enim post tragoediam inuenti, et leniendae eius austeritati adhibiti» (Op. cit., p. 19). En tiempos modernos, ha habido una gran polémica en torno a estas palabras y su íntima relación; exceptuando a Lösche (Mitt. des Arch. Inst. Athen, Abt. 19, 1894, p. 522) que relacionó etimológicamente todavía ambas voces. se admite unánimemente su independencia. El mayor problema lo suscita la fuente de Diom. Gram. Lat. I, p. 485 en donde por vez primera se deriva *satira* de *σάτυρος* Fundándose en un pasaje de Livio (VII, 2, 4) sobre la sátira dramática, Jahn, con intuición genial (*Satura II*, II, 1867, pp. 225-6) dedujo que el historiador se basaba en una elaboración posterior al modo peripatético sobre los orígenes del drama en Roma, y que el autor de tal elaboración no era otro que Varrón. F. Leo en un excelente artículo desarrolló lo esbozado tan sólo por Jahn (*Varro und die Satire*, H, 1889, XXIV, pp. 67-84). En América siguió sus pasos Hendrickson (*The Dramatic Satura and the Old Comedy at Rome*, *AJPh*, XV, 1894, 1-30), pero en un trabajo posterior (*A Pre-Varronian Chapter of Roman Literary History*, *AJPh*, XIX, 1898, 285-311) defendió que Livio se basaba en una autoridad prevarroniana. Leo (*Livius und Horaz. Ueber die Vorgeschichte des römischen Dramas*, H, XXXIX, 1904, pp. 63-77) modificó el concepto «prevarroniano» en «unvarronisch», con especial atención a los analistas (pp. 72-73). Los defensores de la sátira dramática (Knapp, *The Sceptical Assault on the Roman Tradition Concerning the Dramatic Satura*, *AJPh*, XXXIII, 1912, 125-148 y R. H. Webb, *On the Origin of Roman Satire*, *CPh*, VII, 1912, 177-189), no lograron convencer a nadie, porque poco después O. Weinrich (*Zur römischen Satire*, H, LI, 1916, pp. 386-414) volvía a propugnar la tesis de Leo. G. A. Gerhard por último (*Satura und Satyroi*, *Ph*, LXXV, 1918, pp. 247-273) aun aceptando que la fuente de Livio sea Varrón no cree que por ello éste establezca una relación entre *satir* y *σάτυρος* y sostiene que esta confusión se produjo tan sólo en el s. I. d. J. C. Para terminar, dos recientes intentos de buscar la etimología de *satira* en el etrusco (E. Müller, *Zur Geschichte der römischen Satire*, *Ph*, LXXVIII, 1923, pp. 230-280 y Br. Snell *St. It.* 17, 1940, 215) son hoy por hoy problemáticos.

(54) Vid. E. Bourciez, *Le «sermo cotidianus» dans les satires d'Horace*, París, 1927 En Juvenal se encuentra un gusto por los diminutivos (lista completa en Mayor, nota a X, 173 o en Serafini, op. cit., pp. 264-270; en general Hofmann, *Lat. Umgang*, Heidelberg, 1951, pp. 139-40). Los adjetivos en *-bilis* que aduce Serafini (op. cit., pp. 270-1) no son convincentes como vulgarismos, excepto *curabilis*, XVI, 21, que no se ha de equiparar como hace Serafini con el valor de este adjetivo en Celso (v. las notas de Mayor) ya que en este último autor significa 'curable' pero en Juvenal, como apun'a Mayor «as *plorabilis*=*plorandus*, here *curabilis*=*curanda*, requiring medical treatment». Los adjetivos en *-osus* (Serafini, op. cit., pp. 271-2; en general A. Ernout, *Les adjectifs latins en -osus et en -ulentus*, París. Klincksieck, 1949) son considerados generalmente como vulgares, pero todos los que en Juvenal aparecen están atestiguados en buenos autores o en poesía. *Damnus* que se podría considerar popular se encuentra en Horacio (*Ep.* I, 18-21) y Propercio (IV, 8, 46). La poca abundancia de adjetivos en Juvenal (Serafini, op. cit., pp. 245-6) no se debe considerar como vulgarismo (sobre la repugnancia a adjetivar del *sermo uulgaris* v. Hofmann, op. cit., p. 159), sino como un medio para lograr una concisión estricta y pujante. Gracias a ello los cuadros juvenalianos cobran una vida insospechada. Cf. además el empleo de *forem* y de *ille* con preferencia a *is* (Serafini, op. cit., pp. 275-6) sin que aparezca en Juvenal ninguna forma sincopada. Las palabras populares *caballus*, III, 118, *gannire*, VI, 64, son irónicas.

(55) Casaubon, *De Satyrica Graecorum Poesi*, p. 290.

(56) Birt, *Der Aufbau der Sechsten und Vierten Satire Juvenals*, *RhM* 1915, LXX, pp. 543 y ss., intenta explicar la sat. IV como una imitación deliberada del *sermo uulgaris*. («die

Leute auf dem Markt», p. 544). G. Schulz (*Quaestiones Iuvenalianae*, H, XXI, 1886, pp. 179-192) sostiene en contra de Ribbeck y Jahn la autenticidad de algunos versos y sobre todo de los excursus y parenthesis, que comienzan frecuentemente con la conjunción *sed* (II, 45, III, 232, IV, 26, etc., pp. 183-4). F. Leo cree ver en ello un eco de Lucilio: «es ist nicht zu beweisen, aber wer sich in den Gedanken vertieft wird ihn mehr und mehr überzeugend finden, dass wir in Juvenals Satire, was die Form oder Formlosigkeit angeht, das Abbild der lucilianischen haben» (*Geschichte der römischen Literatur*, Berlín, 1913, p. 429).

(57) Friedländer, *op. cit.*, pp. 49 y 56; sin embargo, también él reconoce el influjo de la lengua vulgar, *ibid.*, pp. 56-57.

(58) Serafini, *op. cit.*, cap. VII.

(59) Highet, *Juv. the Sat.*, pp. 37 y 244, nota 10. Es'á de acuerdo con él Villeneuve, p. XIII en su ed. citada de *Les Belles Lettres*.

(60) Mayor, Suplemento a su ed. de las sátiras, p. XXIV, nota 1.

(61) Martha, *Les moralistes sous l'Empire romain*, 2.^a ed., París, 1866, p. 292.

(62) Highet, *CR*, LIII, 1939, p. 71.

(63) Friedländer, *op. cit.*, p. 47.

(64) Terzaghi, *Per la storia della satira*. Desgraciadamente le conocemos tan sólo a través de Marmorale.

(65) Serafini, *op. cit.*, pp. 164 y ss.

(66) Marmorale, *op. cit.*, pp. 17 y ss.

(67) Frase que recoge Aristóteles (*de poet.* 9, 451b), como ha visto Bernays (*Ergänzung zu Aristoteles'Poetik*, *RhM*, VIII., 1853, p. 596).

(68) Cf. Marcelino, βίος Θεουκιδίδου 41; en donde tras mencionar que algunos consideran a Tucídides como poeta, él responde: *ἔτι μὲν οὐκ ἔστι ποιητικῆς, ὁῦλον ἔξ ὧν οὐκ ὑποπίπτει μέτρον τινί.* Cf. Ib Escatigero, *Poet.* I, 1, p. 5.

(69) *Gnomon*, XV, 1939, pp. 368 y ss. Que la acusación de Marmorale contra Juvenal no es más que un ataque sobre el retoricismo en sí, puede probarse reuniendo juicios concordantes con Marmorale sobre otros poetas de la misma época. Así dice Schanz: «Um die im Epos notwendige Zurückhaltung des Dichters kümmert sich (Lucan) wenig, nicht selten unterbricht er den Gang der Erzählung, um einer meist leiden schafflich erregten Stimmung Ausdruck zu geben» (*op. cit.*, II, p. 89, en 2.^a y 3.^a ed.; sin embargo en la 4.^a Hosius ha refundido totalmente el párrafo).

(70) *El valor de la novela antigua a la luz de la ciencia de la literatura*, *Emérita*, XXI, p. 108.

(71) R. E. K. Pemberton, *A Defence of the Rhetorical Education*, *CW*, XXVIII, 1932, p. 42.

(72) Bellesort, ed. *Les Belles Lettres*, II, p. 144, nota 2. Cf. Schanz hablando de Tácito: «Nicht die Ereignisse als solche erregen seine Interesse, sondern insofern die Träger derselben Menschen sind» (*op. cit.*, II, 2 ed., p. 633).

(73) Magnos, *PhW*, XLII, 1922, pp. 940-45.

(74) Mayor, *Introd. al supl.*, pp. XXIX y ss